

5. El chico del Tornado en las venas

(Valentín)

Desde pequeño, fui un dolor de cabeza para mis padres y todo el que estaba cerca de mi o tenía la tarea de cuidarme. De eso no tenía duda. Mi rostro, aunque había tenido suerte, si se veía de cerca estaba lleno de cicatrices varias; todas con historias propias, de eventos trágicos, cómicos, horripilantes o de accidentes que ocasioné mayormente por descuido o torpeza propia.

Por mis venas corrían tornados, mi naturaleza siempre fue ser libre y salvaje, no pensar en donde pisaba ni detenerme con muros ni árboles. Una fuerza de la naturaleza, indomable y salvaje.

Mi papá lo aceptaba, el verdadero, ese que me heredó su tono de piel oscuro, su mirada furiosa y la lengua afilada. Recuerdo que siempre llevaba consigo un cambio de ropa, sabiendo que mamá me vestiría con ropa para maniquís y que me amenazaría de muerte si llegaba con una mancha. Preparaba siempre un conjunto especial; mi uniforme de aventuras, que constaba de un overol de mezclilla con las rodillas rotas y una playera llena de agujeritos con las letras de “PINKFLOYD” en ella.

Llevar aquella ropa en nuestros viajes, significaba tener cancha libre para desatar mi tornado interior. No tardaba en encontrar otros niños, jugar con ellos a lo que sea que estuvieran jugando para pronto hacerme su líder y llevar el juego a extremos más interesantes:

“Vamos a descubrir quién es el niño que puede trepar más alto este árbol.”

“Vamos a descubrir quién es el niño que baja más rápido con sus patines por esta peligrosa calle empinada.”

“Vamos a descubrir qué niño puede saltar más casas entre tejado y tejado.”

No hace falta decir que poco a poco me hice una reputación de niño problema, y mis opciones de amigos se fueron limitando hasta llegar a cero. Los niños de mi edad o los más pequeños me tenían miedo. Sus padres les decían que yo era un delincuente. Y los verdaderos delincuentes empezaron a respetarme. (Los adolescentes, no se espanten).

A veces incluso me pegaba yo mismo chicles en el cabello, y le mentía a mi mamá de que los niños me molestaban o me los pegaban por malvados, solo para tener una excusa de llevar mi cabeza casi rapada siempre.

Me gustaba sentirme el niño malo de la cuadra, a mis 12 años, me gustaba que todos a mi alrededor supieran quien era el jefe. Incluso si para ello tenía que demostrarlo metiéndome en algunas peleas. Para mi mamá no era raro verme llegar a casa con alguna cortada, raspón o moretón.

—¡Pero mira nada más como te han dejado! ¡Otra vez!
—gritaba mamá con indignación, a punto de las lágrimas siempre que me veía.

Yo solo podía sonreírle, con mi sonrisa de labios rotos y sangre en las golpeadas encías;

—Pero deberías ver cómo los he dejado yo a todos esos...

Mi mamá siempre ha sido una señora devota. De esas que piensa que yendo a misa todos los domingos y dar lo que se supone sería mi mesada al padrecito, limpiaría tanto sus pecados por concebirme como los míos. Si el infierno existe, sé que es mi destino llegar ahí, con estilo. Como todos esos rockeros que a papá tanto le gusta poner en la radio de su camioneta.

En el cielo seguramente no hay Rock. No estará Freddy, ni Gene Simmons, Jim Morrison, ni Michel Jackson o Prince. La vida eterna debe ser muy aburrida sin toda esa música que amo. Sin toda esa música que alimenta el tornado que corre por mis venas.

Mamá siempre quiso contenerme. Cerraba la casa con mil y una llaves, candados y rejas. Pero incluso si mi casa fuera un calabozo o alcastraz, yo encontraba la forma de escapar.

Quizá por eso, cuando casi cumplí los 14, cuando papá se nos fue, perdiendo ante una enfermedad que nadie sabía que llevaba años combatiendo en silencio, me fue tan fácil escapar una última vez.

Supongo que Mamá tenía sus razones, pero me dolió verla tan pronto con otro hombre. Uno que para mi desgracia (o quizá bendición por que tampoco hubiera tolerado uno parecido) era todo lo contrario a mi

padre. Era un hombre flaco y de sangre densa. Que siempre me dedicaba un rostro de desprecio cada vez que las vecinas pronunciaban mi nombre o que se enteraba alguien de lo que estaba haciendo.

—Te han dejado hacer lo que quieras por demasiado tiempo —decía con su voz pastosa y aliento alcohólico—. Yo no voy a ser suave contigo, señorita.

“*Señorita*”. Pronunciaba aquella palabra como pensando que me dolería escucharlo. Masticaba esa palabra hasta que salía de su boca llena de su desagradable saliva pestilente y me la escupía en la cara como si fuese a afectarme. Y quizá lo hacía, por que yo no temía en apretar los puños y amenazar con echarme encima.

Mamá entonces me detenía, él se quitaba el cinto de cuero barato y me golpeaba en el rostro hasta dejarme en el suelo con el ojo morado.

Cuando decidió mudarse y las golpizas se volvieron más frecuentes, yo decidí que ya no iba tolerar aquello y en una noche de tormenta, casi desarmando una de las ventanas del segundo piso y destrozando el tronco de un delgado árbol que utilicé para amortiguar mi caída, escapé de casa, para nunca más regresar.

Siempre había sido bueno para ubicarme, por fortuna, papá me había enseñado a conducir poco antes de marcharse y yo ya conocía bien sus rutas y mi destino.

Luego de empeñar algunas joyas y colgantes religiosos, que estaba yo seguro que mamá no haría en falta hasta semana santa, conseguí un boleto solo de ida. A una pequeña ciudad del norte del país, en la que vivía mi madrina; Violeta. La mejor amiga de mi papá, o al menos eso me decía él y lo que podía comprobar

las pocas veces que había venido a visitarnos en mi cumpleaños.

Siempre la había visto como una señora interesante. De esas señoras chinitas de ojos rasgados, que pensarías son como en las películas; tímidas, serias, llenas de sabiduría y paz. Las veces que la había visto, llevaba con ella otras mujeres, amigas suyas a mi fiesta, se la pasaba bebiendo y riendo, hasta que bebía lo suficiente para empezar hablar a todos en japones y ponerse a bailar en la mesa mientras parecía perder el español entre gritos que poco o nada se entendían.

Ella era interesante. Siempre me regalaba CDs de bandas interesantes, colores de madera de buena calidad, o tintas de colores. Supongo yo que papá le había comentado de mi gusto por el arte. El cómo me gustaba dibujar monstruos en mis libretas. Seres de otros mundos que me gustaba a veces pintar desgastando los bolígrafos de casa, o a veces llenar de colores con los lápices que mi madrina me regalaba en mis cumpleaños.

Llegar a su casa fue quizá lo más natural del mundo. Recuerdo que fue de noche, se me complicó un poco reconocer las calles que solo había conocido una vez en mi vida, la única vez que mi padre la visitó conmigo en vida... pero llegué a su puerta. No tardó en abrirla y reconocirme en silencio, mientras se hacía a un lado para dejarme pasar.

Supongo que llegó a un acuerdo con mi madre, no estoy muy seguro de ello. Solo recuerdo no preocuparme por la secundaria por un tiempo, hasta que de repente, luego de unos meses tranquilos de vivir con ella, me dijo que mi uniforme estaba listo y esperaba estuviese listo para recobrar mis estudios, ahora en un nuevo instituto.

No me negué ante lo que me pidió, nunca podría negarme ante lo que ella quisiera. Porque ella tampoco se negaba nunca a lo que yo le pedía. Me había recibido en su casa, sin preguntas siquiera. Claro que yo sabía que no hacía falta, ella lo sabía todo sobre mi vida. No tengo idea de si papá había hablado antes con ella, en espera que esto pasara o si mi mamá lo prefería así para que yo ya no fuera su problema. Pero sea como sea... yo estaba feliz por cómo estaban las cosas.

Regresé a clases, me olvidé de ser el chico problema, contuve un poco mi tornado interno, que a veces escapaba un poco sin yo quererlo. Pero al menos intentaba que Violeta no lo viera. Sorprendentemente a pesar de mi naturaleza, resulté no ser tan malo en la escuela y ese periodo de mi vida terminó más pronto que tarde.

La preparatoria un poco igual, la terminé sin pena ni gloria, solo para empezar a ayudar de lleno a Violeta con su negocio principal; aquella vieja ferretera que había comprado poco después de que yo me mudara con ella. Juntos aprendimos de poco a poco todo lo que había que saber y me gustaba ser útil, y no tener que pensar tanto. No tener que lidiar con el tornado en mi interior y solo dejarme llevar por aquello. Violeta viajaba seguido a la ciudad de México. Yo a veces la acompañaba, a veces no, por mis propias razones o por las suyas, se volvió también mi parque de juegos, donde podía siempre conseguir amigos de una noche con los que me hablaría incluso como si fuéramos amigos de toda la vida después en redes sociales.

Mis 25 llegaron rápido a ese ritmo. Ya nada parecía sorprenderme en esta vida... Ya me sentía que lo había vivido todo. Que lo había tenido todo, con todo el mundo. Claro, chicas y chicos, por supuesto. Pero nunca nada serio o nada que durara más de un par de

semanas. Por qué no puedes amarrar a un tornado y pretender que sea tuyo.

Hasta que una mañana, entrando en una de esas tiendas que hay por cada esquina del país; un Oxxo cualquiera, vislumbré una criatura extraña: un chico que me parecía familiar de alguna parte, hasta que le vi bien el rostro y en efecto vino a mi mente el recuerdo de haber conocido una versión más pequeña del mismo. Aun con aquel rostro tierno, algo cansado imagino por la jornada, y tambaleándose como un cordero adormilado mientras acomodaba algunas cosas en la parte baja de un estante.

Me dio curiosidad como su uniforme se levantaba y dejaba ver una curiosa ropa interior extrañamente infantil, con un leoncito sonriente. Pocas veces había visto cosas así, que no estuvieran puestas en las caderas de niños o bebés. Tal parecía, aún usaba pañales, lo que me hizo estar seguro de que era él. Aquel muchachito con el que había estado jugando hace años, aquella primera vez que habíamos visitado a mi madrina. Ese niño que le ayudé a cuidar y que parecía ansioso de jugar a la casita y desempeñar el rol de bebé cuando se lo propuse luego de descubrir los pañales en su mochila que había sacado de quien sabe donde.

Yo por su parte estaba emocionado de desempeñar un rol diferente al que mi madre habría esperado de mí, y fue la primera vez que jugué a ser un hombre fuerte, como mi padre y me encantó. Entre aquel juego inocente, descubrí que no quería ser una “*señorita*” como esperaba mi madre. Ya no quería desde hace mucho tiempo jugar con muñecas o vestir esos tontos vestidos. Ni quería fingir ser delicada o educada.

Ahí, jugando a ser un papá, descubrí que mi lugar en el mundo estaba entre los hombres. Algo que quizá ya

sabía desde siempre, pero no había podido visualizar hasta ese momento.

Jugué con aquel niño que fingía ser un bebé, mientras yo jugaba a ser su papá; paseamos en un zoológico lleno de animales de peluche, montamos una montaña rusa dentro del zoo (Sí, sé que no existe algo así), y hasta hicimos un lindo picnic para después combatir una horda de zombies que contagiaron a todos los animales.

No tenía idea de cómo había olvidado todo aquello, pero con solo verlo otra vez, aquellos recuerdos enterrados en mi memoria brotaron hasta encontrar su lugar en la superficie. Nació en mí también la necesidad de querer conocerlo, hablar con él. Pero parecía que algo me pasaba siempre que quería hablar con él en aquella tienda... no me salían más de dos palabras, mi garganta se cerraba o mi voz se esfumaba y no podía decirle nada.

¿Acaso me ponía nervioso tenerle cerca?

Supongo que un poco sí. No solía temer a nada. Pero cuando me miraba, algo en mí me apretaba el corazón. Algo hacía detener el tornado en mi interior y apagarlo.

El chico que usa pañales me gusta...

Aviso de Privacidad.

Este documento es parte de una serie de textos más grande, todos propiedad Intelectual de Dorian Logan, digitalizado y distribuido en canales oficiales autorizados por el mismo. Está prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del dueño de los derechos, Dorian Logan, sin previa autorización.

Solo se permite uso privado y personal que haya sido adquirido por medio legal.

Contacto: dorianlogan23@gmail.com

<https://subscribestar.adult/dorianlogan>

<https://t.me/notdorito>

Todos los contenidos son para mayores de 18 años.